

SUBJETIVIDAD: LUGAR DE LA ESPERANZA

“Lo que depende, lo que da miedo,
lo que educa”

*Luis Francisco Peralta Idrovo**

39



Filosofar es posible a causa de la imposibilidad de observar las intuiciones.

Dicen más de lo que se piensa de ellas.

Si, cuando el pensador habla del ser —etcétera— uno viera exactamente

lo que piensa en ese momento

en lugar de la filosofía ¿qué encontraríamos?

¿Qué es el Cogito sino más o menos

la traducción de un estado intraducible?

Paul Valery

I. Diga sus verdades y entiéndase con ellas

Hay una tensión fundante en la vida y la cotidianidad de los seres humanos que se expresa en la tríada: dependencia, miedo y educación, y que son continuas y contiguas con los principios de lo que quiero, lo que debo y lo que puedo hacer; debate y signo de nuestros tiempos. En esa tensión como escenario hay quienes creen que se debe

* Docente de la Universidad Central del Ecuador (Facultad de Comunicación), Psicólogo Clínico, Comunicador Social, Productor de Televisión Educativa, Magister en Comunicación.



arrasar con todo para cambiar. Del otro lado de esta distancia no faltan quienes creen que estamos tan bien y que nada se puede alterar porque deviene el caos; y no como tercera vía o posición sino como diálogo necesario están quienes miran el mundo desde la metáfora del péndulo que oscila suspendido de la subjetividad, de extremo a extremo, y sin que se altere la regularidad de sus movimientos sigue marcando el inexorable paso del tiempo, nuestra sensibilidad en la construcción de la realidad.

Sensibilidad que en el presente artículo no se debate, se sugiere, por coherencia y respeto al derecho ajeno, a partir de una subjetividad letal que en 1974 fue pronunciada con rigor por el psicoanalista francés Jaques Lacan y que parafraseándolo dice: “estamos enfermos, eso es todo, el ser hablante es un animal enfermo”, y para mi entender, no desde la clínica sino desde la hermenéutica que cada uno de nosotros somos, asumimos y la confrontamos.

La dependencia confrontada con la autodeterminación, los miedos, el terror y la inseguridad son los signos; la educación sigue resistiendo desde su fundación homeopática en crisis y dialoga con la alopátia que no termina de ser. En este juego, la tensión mayor está en la carencia y las dificultades materiales que siempre les hacen ser a las querencias y deseos humanos una latencia sin tiempo, que confirma que lo creado evolucionado o lo evolucionado creado es la conquista de lo imposible.

Por otro lado, la autonomía relativa del sujeto, sus miedos como intersubjetividad compartida, la educación como razón instrumental, cuando no como razón sónica, y la dependencia conceptual son para este artículo la sugerencia a conversar, como objetivo inicial; los otros objetivos vendrán a partir de las críticas, los ultrismos y cuestionamientos; se escribe para eso, para hacer de la

educación un consenso a lo Habermas; nos hará bien a todas y todos.

Se trata de poner en discusión y mirar las huellas y las marcas de la subjetividad a partir de un pretexto familiar y de un lugar memoria muy nuestro: el miedo, y como provocación al debate: la educación; categorías que reclaman inmanencia, contingencia y reconocimiento social, trascender la descalificación y el estigma de que por ser subjetivo no tiene validez, que es una forma de negarse y negar el lugar de la individualidad de la que somos, sentimos y pensamos, a la vez que reconocer el porqué le otorgamos supremacía al miedo en los discursos de la “objetividad” como criterio de verdad dada, acabada y por lo tanto fatal.

Subjetividades, miedos, dependencias, educación, cotidianidad y símbolos en homenaje a la sabiduría popular que dice *que en gustos y colores, no discuten los doctores*. Y de esta manera el artículo es más a la vida que a las complejas disquisiciones filosóficas sensatas y necesarias, por ello se busca dialogar las complejidades de la gran academia con las complejidades de la cotidianidad. Callejeras y callejeros dicen que hacer filosofía de la calle es muy complicado, porque existe la calle, y habla, y es condoliente a su acontecer; eso se dice.

El pretexto para la construcción del texto invita a la profundidad filosófica del saber del amor y al reconocimiento de la vida como el sacro acontecer. La provocación nos viene del poema *Matemáticas* del autor costarricense Abel Pacheco, que se rebela como sigue:

MATEMÁTICAS

- A ver, Pacheco: No me diga que no entiende.
Usted es un chiquito inteligente-. ¿Cuánto son cuatro entre dos?





- Depende, Niña Rosita-
- Pero... ¿cómo va a depender?-
- ¿Y cómo no niña?-
- A ver, si tengo cuatro anonas y las debo repartir entre dos niños, ¿cuántas le tocan a cada uno?-
- Depende...
- Depende de qué por Dios-
- Bueno, tal vez uno de los chiquitos tiene hambre y el otro no, o una anona es muy grande y las otras pequeñas, o a uno de los güilas no le gustan las anonas... . Dios te bendiga por tanta bondad y tanta paciencia Niña Rosa. Yo sigo con que depende.

Depende, y en diálogo con la afirmación de Rosana Reguillo (2006: 32): “Los miedos son individualmente experimentados, socialmente construidos y culturalmente compartidos” debatidos en el libro *Entre miedos y goces, comunicación, vida pública y ciudadanía*, y la educación que desde su matriz latina significa “extraer, “extender” y/o “sacar a la luz”, que siendo en su sentido figurado “criar” a las creaturas, nos encuentra en la intersubjetividad. Una triada sensible para decir y decirnos algo acerca de nuestras subjetividades.

Para el lugar estructurado de que el futuro de los pueblos está en la educación, es necesario y reclamamos ser lengüeteados en una pregunta sencilla, muy humana: ¿Qué educación?, y desde aquí preguntarnos por los discursos de los modelos pedagógicos insinuados y sugeridos como subjetivos unos y “objetivos” otros. Lugares en donde se recrean los miedos que trastocan el sentido de nuestras subjetividades al ser de los otros y con los otros, y poder reconocernos sujetos de justicia; éticas y estéticas que encarnan la solidaridad y la intersubjetividad como lo sugiere Habermas:

En vez de a la naturaleza explotada cabe buscar a la naturaleza fraternal. A nivel de una intersubjetividad todavía imperfecta podemos suponer subjetividad a los animales, a las plantas e incluso a las piedras y comunicar con la naturaleza, en lugar de dedicarnos a trabajarla cortando la comunicación. Jurgen Habermas (1992: 62-63).

Toda subjetividad es el lugar de los afectos, de las memorias, del pensar deliberante, o toda subjetividad es, en principio, la huella de la irreverencia, de lo que resiste y se expresa, y de lo que acepta como ideal cultural, acuerdo familiar o normativa para la convivencia social, y en la advertencia de que en la cotidianidad conviven lo significativo y lo real, y que le corresponde al lenguaje decir, cuál es nuestro lugar de enunciado, y cuál es nuestro lugar de enunciación para entonces hacer surgir la educación para entonces hacer surgir la educación con alegría, con sonrisas y risas, adjetivaciones maestras para ser mejores personas, ciudadanas y ciudadanos y profesionales; lo de profesional depende, ciertamente, porque tenemos que dejar de lado el criterio de que la educación es la escalera para alcanzar el título que otorga la industria cartonera, y porque bien sabemos que la educación es a la vida.

Por lo dicho, la lectura es multidimensional y debate cómo el miedo devino en razón instrumental, y por tanto razón suficiente para el control. Y cómo los seres humanos en sus formas de representar el mundo: sentimientos, angustias, deseos, carencias, querencias, sus lúdicas y alegrías, dependencias y formas de sufrimiento que lo habitan o si se prefieren, los significantes a lo Jacques Lacan, los representan: *Elemento del discurso registrable en los niveles consciente e inconsciente, que representa al sujeto y lo determina.*





Contingencias de lo sagrado, lo íntimo, lo que no está nombrado, la levadura del mundo interno que por principio es incomunicable, síntomas; subjetividades, censuras que creemos comprenderlas sin reparar que no las entendemos porque nunca nos preguntamos ¿qué siente la gente?, para que cada uno dibuje y pinte su realidad terrígena en armonía con su estética celestial. Nos hemos quedado y estamos aletargados en el lugar común del “eso es subjetivo”, o “es su criterio”, y otras muletillas humillantes que no queremos y nos negamos a repetir en la “objetividad”: dispositivo de poder y el control.

II. De las nostalgias del lenguaje y la subjetividad

El diálogo se amplía en tanto hemos admitido que el lenguaje nos hace sujetos, y que la subjetividad y los miedos terminan por evidenciarnos como ser o seres que esperamos mientras transcurre la esperanza, y nunca hemos reparado cinco segundos de nuestras vidas para preguntarnos o afirmar si “depende” y consolidarnos en el pensar y en el pensamiento que lo amplía, y porqué una “genialidad” como esta le hizo crisis al imaginario de la exactitud.

En la ironía a esta exactitud nos preguntamos ¿cómo dependemos del miedo? Depende, pues la pregunta no es el mejor lugar para las incertezas cuando la realidad nos interpela en su sentido y en nuestras coherencias entre lo que pensamos, decimos y hacemos, poder y discursos: de competencias en la educación, ¿competentes para qué y al servicio de quiénes?, a esos les llamo los del hacer, porque no hay otra cosa que hacer, controlar; el control, el prestigio, el ascenso, la autoridad, riesgo país, liderazgo, influencia, reputación, ambición, exhibicionismo, prestigio, purismo, reingeniería social (ser mejores en

lo mal hecho) automotivación, gestión del talento humano y otras adjetivaciones y sustantivaciones educativas... que se suponen objetivas para avanzar matemáticamente del ser menos a ser más.

Del otro lado de esta pared están las subjetividades que nos reconocen lo mejor de lo bueno en sustantivaciones y adjetivaciones de compromiso, responsabilidad, ipseidad, dignidad, honradez, resiliencia, resistencia, irreverencia, sugestión, persuasión, carisma, decisión, *thymos* y el derecho a tener miedo a no resentir. Si se habla de ese miedo a no decir, ya queda dicho en tanto creo que el miedo, en la educación, “depende”, al igual que la imaginación, que “depende”, por no ser un don divino sino una conquista.

Cada miedo es un significante supremo, y los miedos en la educación y la cotidianidad dependen de su significante para expresarse en la gramática del orden y en presencia de un sentido, y no de otro. Pues la educación no posibilita el reconocernos como el cada uno, o de cada una y a mi manera, en la educación parece que nada “depende” todo es, así ha sido, y esperemos que así no sea.

Esta observación a los miedos, en artificios gramaticales, lejos de llevarnos a la incomunicación o al caos del entendimiento nos devuelven al valor del sentido que fuimos cuando niños y niñas en nuestra revolución subjetiva que avanza.

El lenguaje rebasa en dimensión las localizaciones neurológicas, lo sabemos, como conocemos bien de nuestras subjetividades frente a la maravilla universal de la condición humana, el olvido; cuánto miedo por no cumplir con la tarea, el deber, la consulta, el informe ejecutivo o como se lo quiera nombrar, no vergüenza, miedo, consustancial a la mentira, en armonía.

La lengua es una complejidad de imaginarios, alcances y consecuencias que se materializan, revelan y





rebelan en nuestra condición de ser hablantes y que en la educación matizan otra forma de expresarse con miedo o como miedo, es el desconocimiento. Como viñeta de nuestra convivencia educativa se narra así: ¡Mamita bella, por qué Biología que es la ciencia que estudia la vida se escribe con “b” grande, si estudia la vida que es con “v” pequeña! Y si aquí nos preguntamos de quién depende, ya lo sabemos.

Desde el lenguaje, los miedos en la educación son impuestos por pertenecer a presencias y ausencias, y a lugares de goce con presupuestos y consecuencias heurísticas, hermenéuticas y traumáticas, en donde se desdoblán las subjetividades que no admiten repetición sino recuerdos de esa vez que fue la primera vez y ahora esperan de que de algo dependa.

El lenguaje en esta cotidianidad es etiología como también malestar, sin que esto determine fatalidad, y siendo consecuentes con la educación que tenemos, que no enamora la diferencia sino la reproducción, que no da cuenta de goces, deseos, pulsiones, saberes, desanclajes, pensamientos, expresiones, inhibiciones, traumas, afasias, neurosis, disfasias, psicosis, perversiones, acoso de fantasías y significantes, sino certezas a las que hay que alcanzar, llegar y darle su significado.

La cotidianidad como escenario de las complejidades subjetivas se presenta decantada a todos nuestros sentidos, y por ello la asumimos como fatalidad, o como un arte, en términos de Paúl Watzlawick, como un arte de amargarnos la vida; subjetividad sin paradigma en la sociedad autológica.

Ahora bien, la noción de subjetividad tiene huella y marca lingüística, legado de muchos investigadores y estudiosos que, quizás, en 1958, con E. Benveniste, en su artículo titulado “De la subjectivité dans le langage”

(1966, cap. XXI), en un obstinado abordaje y con antecedentes en 1913 con C. Bally en *Le langage et la vie* se afirma que el lenguaje expresivo es el vehículo del pensamiento afectivo.

Autores como Benveniste plantean que la subjetividad, entonces, es la capacidad del locutor para presentarse como “sujeto”, y es en el lenguaje donde deben ir a buscarse los fundamentos de esta aptitud, “es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como sujeto”. Para el autor la primera forma de apropiación subjetiva del mundo está o se da en el pronombre “Yo”, para quien, este pronombre es el fundamento de la conciencia de “sí”. Y añade que “la conciencia de sí no es posible más que experimentándose por contraste; yo no empleo yo sino dirigiéndome a alguien, que será en mi alocución un tú: no hay subjetividad sin intersubjetividad” (Charaudeau, 2005: 539-540).

Benveniste dice, para motivos del diálogo, mejor entendimiento y comprensión, que además de los pronombres personales en la lengua existen otras formas y estructuras que fundamentan la subjetividad en el discurso, que en el presente artículo lo usamos desde los principios dados en la filosofía clásica, el *logos* griego, o el juego del conocimiento discursivo con el conocimiento intuitivo y para su elocuencia definimos la lengua como sistema de valores virtuales, y discurso a la dimensión de nuestro uso en la dimensión social o dimensión mental.

La cotidianidad, a propósito de estas complejidades, sólo nos recordará que “una cosa es con violín y otra cosa es con guitarra”.

Volvamos al tema. Hay subjetividades temporales que ayudan a sentir el ayer, el presente o resentir mañana, resentir con miedo que es una forma de sospecha de la verdad como mentira, de la verdad como ficción, otra





forma de desmontar y desmovilizar el poder; le hace crisis a la arrogancia e intemperancia, se remueven las estructuras fundamentales del miedo en el solo acto de ponerlo bajo sospecha en el discurso de verdad, en el sólo suponer que cada interpretante reproduce la interpretación que necesita, lo que conviene, lo que le sostiene, así no coincida con lo que le da de comer, y que triunfe el “depende” sobre los absolutos.

Hemos corporizado el poder del miedo, de la educación y la dependencia como serpientes que cantan y encantan verdades, y que si bien dependen del mirar cultural, hoy les observamos bien ubicadas y estacionadas en el concepto fin como principio de aceptación y negación de que la vida y la construcción de la realidad siguen su curso en la dialéctica y la transformación social, a la posibilidad de un paraíso diseñado por nosotros, en subjetividades dialogantes.

III. La paciencia y que Dios te bendiga por tanta bondad

Compartir cotidianidades, lecturas, realidades y valorar nuestras subjetividades y nuestras prácticas en la educación es algo que depende de lo que somos y venimos de ser y ojalá, de lo que podríamos llegar a ser si nos reconocemos sin miedos, no los consustanciales a la condición humana y social, sino los deliberadamente institucionalizados. Maravillosamente sabemos y conocemos desde el Constructivismo Radical que si no se puede enseñar sobre lo desconocido, es aún más complejo enseñar lo que se conoce, es decir, es una afirmación con sentido y sin verdades acabadas, en donde dependen los actores y los escenarios simultáneamente. Al parecer devendría en ambigüedad. Si en tanto una frase presenta varios sentidos y es

posible de ser interpretada de diversas maneras. Por tanto, depende del miedo.

Lo que “depende” es para entender y comprender en los niveles de sencillez y complejidad lo que todo ser humano debe exigir y vivir sin temor: la diferencia en la unicidad de lo humano posible.

El diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, DRAE, dice de la palabra *dependencia* en siete acepciones de las que nos servimos en la acepción: 1. “subordinación a un poder mayor”; en la acepción 4. “sección o colectividad subordinada a un poder, y en la acepción relacionada con los derechos; la 5. es la “Situación de una persona que no puede valerse por sí misma” y, *depender* en la acepción 1. “estar subordinado a una autoridad o jurisdicción”; la 2. es “producirse o ser causado o condicionado por alguien o algo”; la significación 3. “estar o quedar al arbitrio de una voluntad”; la 4. “vivir de la protección de alguien, o estar atendido a un recurso solo” y si bien enumerar o abundar no hace daño, nuestro interés lo centramos en la acepción 5. “dicho de un elemento gramatical: estar subordinado a otro, servirle de complemento, o ser regido por él”.

Hasta aquí el DRAE. De nuestra parte: ¡qué miedo!... Y es a esta constelación de poder egregio al que contraponemos con la sensibilidad del “depende” como forma de irreverencia, insubordinación, condición necesaria y nunca suficiente para que nos reconozcan.

Nuestro “depende”, en solidaridad con el niño Pacheco de nuestro cuento, es la fuerza espiritual y telúrica que debe alentar nuestras luchas y broncas diarias, que insubordinadas desde la sima de la gramática con fuerza intencional es nuestro imperativo.

Venimos en el lenguaje y en él vamos. J. L. Austin fundamentó los actos locucionarios del enunciar oracional,





gramaticalmente reglamentado y con significado conceptual y proposicional; lo ilocucionario, en donde todo acto de decir algo con intención y el escenario lingüístico hacen que las acciones comunicativas sean, y los perlocucionarios que son la consecuencia de lo ilocutivo en tanto hemos sido afectados, gran aporte a la humanidad.

Para no depender necesitamos volar como la cometa que para elevarse tiene que hacerlo en contra del viento, y para ser libre, romper el hilo que le dirige, sin que su caída represente el caos ni la fatalidad, sino otra forma de estar en el mundo. Metáfora: así, nuestro ‘depende’, entre tantas otras formas “depende” en *asertividad*: “si aquello depende de mí serás feliz”, en *deseo*: “depende de tus ilusiones y serás mejor y diferente”, en *advertencia*: “depende para que lo necesites”, *amenaza*: *depende* del daño o el bien que me hagas para...”, en *promesa*: “todo depende si nosotros olvidamos”, en *pregunta*: “¿yo dependo de ti o tú dependes de mí?” Y de *exhortación*: “Yo sigo con que depende”.

Es el lenguaje y la comunicación que necesitamos ensayar desde nuestros primeros cuentos sobre la vida, para cantar nuestros mitos y renegar de nuestras racionalidades monológicas para encontrarnos con las dialógicas que debate Jurgen Habermas (2003: 23-24) con Alain Renaut en *Coloquio con Jurgen Habermas* (Paris IV, Sorbona, 1 de febrero de 2001) sobre la ética del discurso, la interpretación intersubjetiva de lo imperativo categórico y el principio de universalización que nos reclama humanos:

Tan pronto como percibimos la historia y la cultura como fuentes de una abrumadora variedad de formas simbólicas, y de la singularidad de las identidades individuales y colectivas, también nos damos cuenta del reto que supone, en consecuencia, el plu-

ralismo epistémico. Hasta cierto punto, el hecho del pluralismo cultural significa también que el mundo es percibido e interpretado globalmente de formas distintas desde la perspectiva de individuos distintos y grupos distintos (al menos al principio).

Singularidades e identidades que acompañan la sospecha trascendental de Manuel Martín Serrano de que la autonomía de la persona crece en la medida en que pueda saber lo que la comunicación hace que otros hagan: *descubrirá que el uso que haga de sus competencias comunicativas va a afectar su existencia y la de los demás*. Sospechar para interpretar como presupuesto de transparencia y liberación, y decir para que se materialice la proclama desde quien y desde el lugar desde el cual se dice, e inventar para poder descubrir lo que se dice.



IV. Miedos para no tener miedo

Sobre los miedos conocemos que sus conceptos y taxonomías están fatalmente dados, por eso singularizamos una concepción susceptible de aceptación socializada: “tengo miedo”, en tanto a la fobia se reconozca como una enfermedad de lo imaginario.

Entonces, y de acuerdo con la cotidianidad, digamos que el principio que afirma la constitución y construcción subjetiva de los miedos, es el principio que confirma la construcción de sus signos y vivencias: lo real como lo expulsado de la realidad por lo simbólico, centralidad del que habla, muestra y enseña, y no en la pregunta del que pregunta.

Para tener un piso que nos asegure, a la vez que flexibilice nuestras lecturas de los miedos, las subjetividades, las razones y dependencias nos hacemos a la playa de Paul D. MacLean y su concepción de los tres cerebros in-



tegrados en uno: El paleocéfalo (herencia del cerebro reptil, fuente de la agresividad); el mesocéfalo (herencia del cerebro de los antiguos mamíferos, fuente de la afectividad y la memoria a largo plazo); y el córtex con el neocórtex (fuente de las aptitudes analíticas, lógicas y estratégicas). Anclaje que nos evita las odiosas clasificaciones y una afirmación para avanzar, en cada uno de estos estadios uni-trino hay miedos a su manera.

Hay miedos innatos, adquiridos y traumáticos que respetando las temporalidades suelen devenir en trastornos, formas de admiración, show, espectacularización, heroísmos, imposibilidad de ser mejores o trascenderlos, censura y autoeliminación utópica, historia y neurosis, y sin que nadie se pregunte de qué depende.

En el vivir de todos los días los miedos a la anorexia, la bulimia, la obesidad y las formas esbeltas o insinuadas al cuerpo no “dependen” de lo que las y los “expertos” determinan o recomiendan a través de los códigos de la imagen los miedos de cómo debemos alimentarnos.

Se hace necesario dialogar sobre los discursos del miedo a partir del lenguaje y en consonancia con las ciencias sociales y la educación, psicología y comunicación en los que se sustentan y se representan en disonancia con la realidad material que lo supone y las subjetividades que lo visibilizan.

Si bien la filosofía ha prestado interés a los miedos individuales y sociales desde un abordaje al bien estar, es importante reconocer su carácter de artificio por el accionar recursivo del lenguaje tanto en sus dimensiones epistemológicas como en las cotidianas que se presentan “objetivas”.

Hay miedos en los gremios y reductos ideológicos que se apropiaron del discurso de la educación e hicieron de su filosofía la mercancía y el objeto de intercambio

y consumo para sus intereses en nombre de los más minimizando y descalificando las subjetividades objetivables de todo el concepto social que se educa y autoeduca en conocimiento y saber plural.

En el discurso del miedo no hay antecedentes y no hay desarrollo, menos conclusiones; se da cuenta de la mejor forma de entender cómo nos hacemos, y pretendemos decirlo sin miedo, lo que nos da miedo. Aquí hay criterios fundados con francos límites de opinión y sugeridos desde el lenguaje en perspectivas de inclusión subjetiva de la orientación, formación y educación en los estadios de ser persona, ciudadano y profesional, de paso por la casa, las aulas y la calle que es lo accesible, cotidiano, argumentado y representado en *universitas*, el de la provocación a *desteñir* los colores del miedo.

Pensar el miedo desde la unidad y solidaridad de los modos de vida populares, que no es sino otra forma de pensar desde la arqueología de la filología y su singular forma de ser subjetividad.

El miedo, el lugar común a la analogía que camina y se encamina en las querencias y carencias devenidas innatas como matriz de la invención y que a la fecha, en los discursos, tienen un anclaje folclórico de unidad esencial marcados por la inercia de lo que se mitiga o se hace inevitable, de lo que se crea y recrea en lo académico –comunicado- especializado o de otra manera, de lo que se aprende a tener miedo como a la escuela, a la catequesis y a la televisión, formas creadas de miedo, del miedo altamente rentable para beneficio de pocos.

En el mejor criterio, los miedos, diferenciados del discurso del terror, son la convergencia del poder que da cuenta de los rasgos, las prácticas y las opiniones, así como de las armonías policrómicas, étnicas e identitarias en las relaciones de tiempo, espacio y virtualidad que se





desarrollan espontáneas o como ideas elementales en todos los humanos del mundo, y se definen como un sentimiento primario, sin acciones aisladas, en diálogo, y como advertencia de que cada etnia, colectividad o familia han derivado algo de sus vecinos, o se han hecho ser en los miedos por destruir.

Todos los miedos están bajo sospecha, acción que en principio no supone pasividad como forma de aceptar, fatalmente, lo impuesto o determinado, sino al contrario, hacer que actuemos.

Pues sólo la sospecha posibilita el paso de *lo que es a lo que debe ser*, ser y deber ser, en presupuestos de sentido y validez, criterios que si bien no conducen a la salvación, sí sugieren los presupuestos para avanzar en la liberación, como lo testimonia el engendro y la concepción del sujeto simbólico de Quito, los forajidos, una forma de pedagogía callejera al ser y deber ser sin fobias.

En el camino a diseñadores de realidades y virtualidades de miedo y mediáticas, de asombro y liberación, hay una línea vertebradora para la construcción y materialización del ideal social, el lenguaje de la escucha; y así como vamos jalonado la escalera de la superación humana detrás de nosotros, seguimos sucediéndonos en imaginarios de guerra y para la cual nos preparamos, manufacturamos, tecnologizamos, especializamos y civilizamos en la tendencia de la flecha porque no tiene detonación y no produce ruido; aprender a escuchar, entonces, los chasquidos del corazón que se acrecientan en los momentos precisos de la tensión del arco para no tener miedos cuando oímos de los discursos de la paz que están hechos para que nosotros nos adelantemos al escenario de la guerra y justifiquemos el juego del poder.

No es el discurso de la paz, sino su ausencia lo que permitiría deconstruir la violencia que se busca justificar en

los instintos animales, devenidos humanos, y que sobre las guerras, por ejemplo, siempre se preguntan después.

Miedos animistas, ideológicos e idiográficos, miedos que dan vida a los objetos inanimados y que alcanzan un asombroso arte en acciones, representaciones y símbolos de retirada, que no reparan sus estadios geométricos estáticos y perfeccionistas que se muestran, precisamente, para maquillar los miedos.

Miedos a mirarse en el agua cristalina que traduce la transparencia, a mirarse en la sombra, sin color, a darse forma a través de la luz o encontrarse y representarse en los sueños sin que sea una pesadilla.

Los miedos artificialmente elaborados son una naturaleza deliberadamente alterada, “civilizada” para evitar ser nombrados como producción social, de la que somos su expresión, y que no se representan en los signos externos de la semiología, sino en los signos de adentro, en los de la oniromancia, que cuando los recordamos también vuelven a darnos miedo, y también nos confirman que soñamos la realidad.

Estas ideas emergentes diarias o penetrantes de la cotidianidad hacen el “sentido” de conciencia que en el diálogo de interlocutores no pueden dejar de expresarse represadas en forma de humildad, poder y convivencia, activas, pasivas y ausentes, únicas, duales o sociales que se editan en el paso del entendimiento a la comprensión de lo que nos reconoce humanos universales: la sensibilidad. Sensibilidad que remplace o paralelamente desplaza a lo que siempre está, y nunca ha migrado de nosotros, la esperanza.

Sensibilidad cuya huella es lo ideacional y la lúdica, bella forma de cuestionar el orden, y volvernos a la inteligencia de la convivencia y solidaridad.

La mediación económica-monetaria es -como todos sabemos-, un código, carente de toda forma de len-





guaje, o una herramienta que acicatea y controla la posibilidad cierta de que se pueda redistribuir la riqueza en la práctica para luego elaborar los conceptos, y no negar la subjetividad como valor de convivencia, socialización y valor universal del compartir para que la ausencia del dinero no sea el valor del miedo.

A amnesias temporales y justificaciones interesadas de los miedos, verbos imperativos:

Así dice Yavé: haced derecho y justicia, librad al expoliado de la mano del opresor y no vejéis al extranjero, al huérfano, a la viuda, no hagáis violencia, y no derramáis en este lugar sangre inocente. Si fielmente cumplís estos mandatos, entrarán por las puertas de esta casa reyes que se sienten en el trono de David, montados en carros y caballos, ellos, sus servidores y su pueblo, pero si no oís estas palabras, por mí mismo lo juro, Oráculo de Yavé, que este palacio se trocará en ruinas.

Jeremías, Cap. 22, 3 - 5

Otra educación: de sentido, subjetividades y validez, del saber que nos damos, extendemos y nos multiplicamos en la insistencia de que se da lo que no nos pertenece y que siendo de mí, es de todos y todas, y que siendo de todos no necesariamente me pertenece, porque soy humano y me reconozco en el acumulado social, y esto también depende.

V. Educación para deseducarnos

En la educación, el miedo está presente en analogía o como actor de trascendencia de lo bueno de lo viejo o de lo pasado, y en la diferencia de lo malo de lo bueno, en mejor, ¿mejores miedos o nuevos miedos? Muchos miedos incluso llegan a depender del carácter de ser de

textos, libros, películas u otro dispositivo que recree el mundo, y como los filtros de la mediación comunicativa están ocupados en legitimar y pregonar sus propios miedos se produce un esquema de autosugestión, o miedos de relevo que reclaman tomar un envión emergente y urgente desde la imaginación cotidiana y decir otra cosa de lo que nos dice. La educación simbólica es una realidad y será entonces nuestra materialización para que la telemática, por ejemplo, esté a nuestro servicio y no programada a la deriva y sin nostalgia, sin cultura y sin comunidad comunicada. Aún hay camino.

El miedo que selectivamente se complejiza en la educación, como acción necesita ser reivindicado, desacralizado, intentar leer y escribir desde el otro lado de su mitad, como acción, mensaje o imaginario de insubordinación y proyección de aquello que definiría el otro sentido de avanzar con alegría y sabiduría.

Si el miedo se ancló en la dominación, la caridad, la generosidad y la voluntad de dominio y ahí se reproduce y hace que la emoción no sea solitaria, sino subjetivamente compartida y a esto, tontamente, le llamamos alta gerencia o gestión del talento humano, debemos revisar nuestras acciones, acciones sociales y comunicativas para que los talentos se expresen.

En la educación no cambiamos de juicio, enjuiciamos; y como dice la sabiduría popular, al perder el nombre se pierde la espiritualidad, lo inmortal, el ser moral, estético e insurgente y sólo queda el reflejo desde la comodidad de su perpetuidad. Mensaje que conmociona la reputación sin interrogarnos sobre el valor que está del otro lado; la resistencia, y la dialéctica, que todo cambia y se modifica, para los otros, no en nosotros; principio sospechoso este para todos los que se quedaron así, allí, repitiendo y paladeando sus limitaciones.





La educación revisa sus fundamentos en la autonomía relativa de las personas y los contextos, y observamos inmediatamente que el miedo se resemantiza y visibiliza su ángel que se reconoce como reputación, interés o bendición, los ungidos, predestinados o preparados, discurso que no ayuda a vivir las experticias de nuestra sociedad, discurso que excluye y margina, discurso de determinación sin humildad de ser para poder ser.

El quién soy, de dónde vengo y a dónde voy de la escuela formal hoy, bien puede sintetizarse en el “yo también estoy aquí” para preguntarme por ellos y ellas, por los demás y desde los demás, unas veces sobre su cómo, o sobre qué y siempre por el quiénes; es entonces, otra vez, volver a preguntarnos por la génesis de la subjetividad y no lo que ella es, implica o representa para los hacedores del orden, que la secuestraron, y la volvieron una suerte de ingeniería emocional, con sello de responsabilidad, talento y magister, sin persona humana, una criolla forma de decir pos humanidad. Asumirnos para delegar como significado de responsabilidad compartida en el vacío, a veces infinito de respuestas en ausencia de la pregunta.

Alguna vez, cuando experimenté el desafío y la pasión de ser profesor escolar, una niña me dijo: “¿adivíne quién soy?”, y no supe yo lo que creía saber, me llenaba la boca de psicología infantil y psicodesarrollo y otros artificios. Después supe por su mirada que ella era mi imaginal en la pregnancia del “te miro para saber quién eres, desde mí, y te desafío a que me mires en la certeza de que no sabrás quién soy”.

Es el allí de los imprevisibles, en un par de ojos, la unicidad de una sonrisa sin códigos..., después, supe también que leía el mundo desde mis limitados códigos, los que aprendí y en los que fui educado, y no con los que

ella imaginaba, hasta la fecha no sé quién es y la sigo buscando en las miradas que me cuestionan y me impregnan contra la pizarra de vinil.

¿Es posible una educación catártica al miedo, a la dependencia y a la educación gélida y arrogante? Sí y sólo sí, si aceptamos que lo que nos viene nombrado y representado como “verdad” no es sino un estado catatónico pasajero al cual le subyace un poder que evita que seamos, la subjetividad y la subjetividad del nombre.

Sí y sólo sí superamos el dispositivo del trauma, la ideación morbosa de “la objetividad”, discurso arrogante y falaz que niega la subjetividad humana hasta los límites de su aniquilamiento, determinismo que se atribuye para sí ser el límite entre lo “normal y anormal” y elimina toda forma de expresión de lo patente, latente, o ideal.

De allí que subjetivamente afirme que es la ética compartida el principio de toda irreverencia y revolución, porque sólo ella está a la altura de la libertad, la dignidad, la sombra, la sonrisa, los ideales, la esperanza y la mirada.

Imagino la educación sin miedos, dependencias y controles, la imagino desde mí, de yo, de tú y de él, del nosotros, de este lugar, de ese lugar, y de aquellos desafíos en el aquí, allí, allá, o más allá, en la nostalgia de quienes reclaman con dignidad y ética el ayer, la imagino hoy en los y las que avanzan y resisten al marasmo, imagino a la educación de mañana hecha por las éticas y estéticas de hoy y en diálogo con las de su presente.

Educación, holograma de ideas, conceptos, técnicas, procedimientos, aciertos equívocos y errores de larga tradición, y que ha mediado todas las formas de comunicación, las acciones, los discursos, y las expresiones, latencias y suspensiones políticas temporales de construcción social a referentes como el diálogo, la dignidad, la resiliencia, la resistencia y la liberación humana, o sus anti-





datos; control, dominación, desigualdad, marginación, descalificación, clasificación y humillación social, no dejan de ser subjetividad, y si la subjetividad está en discusión, celebrarlo.

Miedos en discusión, amor y lúdica frente a la dependencia y la humillación, educación que se educa. Lugar de reflexión, en ausencia de normas, no así de acuerdos y consensos, lugar donde nada se espera y todo acontece, lugar de lúdica y recreación productiva, de responsabilidades compartidas y de sueños dialogados, de respeto, paraíso ecológico en donde el perrito de Pavlov sea lo que nunca dejó de ser, la mascota de la casa y tenga otra casa de educación. Claro que en esta nueva casa no salivará ni por hambre ni por miedo, gozará de sus derechos, espacios y travesuras y tendrá un nombre: Flics.

Lo correcto de un razonamiento compartido invita a ser demostrado en el diálogo con sentido y validez, de solidaridad y reciprocidad, lo más próximo a las nupcias de las artes y la academia, es decir; una psicoterapia ideacional, al margen, o que reconozca sus formas racionales de dominio para superarlo y con ello debe también, hacer crisis; y desaparecer la prostitución de las ideas con dueños, los vicios, la comercialización y la esclavitud social en nombre del poder otorgado y delegado por la historia de las ideas de la educación, perfil para administrar la nueva casa.

Una adhesión a las ideas sin hostilidad, un romance, un enamoramiento simbólico que construya consensos y confianza, que siempre, o casi siempre, es más importante que la verdad. El perfil de confianza está en Theoros, en Didáscolo y en Antígona, la tríada de la contemplación, el diálogo y la dignidad, principios filosóficos de nuestra cotidianidad educativa.

Con los nombres que anteceden necesitamos reconocernos en el pasado histórico de nuestro psiquismo

individual, hecho que nada tiene que ver con el autismo ni con el juego de roles que ha legitimado y ordenado las formas de violencia y ha dado cabida a comportamientos faltos de escrúpulos.

Necesitamos hacer de los espacios educativos los escenarios donde se simboliza la lucha para alcanzar la confianza en la ipseidad, la cotidianidad y la vida. Y mirados en los ojos de las axidias por argonautas, astronautas y cibernautas.

Sin diálogo, será vinculante a todos los deberes y derechos humanos, el derecho a la fuga, a la huida, a la deserción, la rancla volverá a ser el símbolo de la libertad para preservar la salud mental y el bienestar del tejido orgánico, en caso de que la nueva educación tropiece con el estancamiento o se vuelva a matrimoniar con los carcamales.

Las grandes ideas para enfrentar los miedos y la dependencia nacieron muertas y/o murieron ahogadas en las contaminadas aguas de la objetividad, en el fango de las verdades únicas y acabadas, no estuvo el niño Pacheco de nuestras matemáticas para salvarlas, hecho que no hay que dejar de decir, que cuando la educación tuvo la oportunidad de ser la indiferencia humana las desechó, no por accidente, sino por la estrechez de corazón para aceptar lo diferente como el rasgo cardinal de lo humano, subjetivo y sensible.

El miedo a la diferencia y a la subjetividad en la educación determinó que los valores de la indiferencia, los manuales, las recetas y el ser indolentes sea un lujo y un privilegio costoso, y las competencias y la innovación, una bendición dirigida para aquellas y aquellos que mejor se descontextualizan, por ejemplo, viviendo en Quito, o en Biblián o en San Luis de Pambil saben del río Nilo, nacimiento, vertientes, extensión, anchura, fluidez y densi-



dades, saben de su flora y su fauna y no conocen el río Machángara que agoniza y muere como la educación que lo ha ignorado, como mueren otros ríos.

Subjetividades o marketing, es el dilema, observación que puede servirnos a la hora de definir.

VI. Confesión de parte

El tejido subjetivo de estas páginas sigue suscitando la búsqueda, la utopía y la esperanza de lo que depende, lo sagrado, lo íntimo y lo inerte de los miedos, y de la educación, la coherencia, la consecuencia y el acto, sin olvido.

De las dialécticas sugeridas, aproximadas, argumentadas unas, enunciadas otras, creo y asumo que la triada freudiana es más futuro que presente, pasado no es, siempre ha sido presente: la inhibición, la angustia y el síntoma, y que venidas a la educación, son las subjetividades, lugar memoria y lugar futuro.

En el cierre de estas páginas encuentro más de lo que me propuse y una sentida gratitud que alimenta mi subjetividad en el pan de cada día; soy profesor, y sé que esta acción, este acto, tiene un efecto curativo sobre los sentimientos de insatisfacción y un desafío a los sentimientos de realización personal y, sobre todo, el magma protopsíquico emancipador de que de mí “depende”.

En el artículo se reconocen miedos a cerrar la página o a salir del debate y encontrarse en el mismo lugar que se inició, y se libera en la satisfacción de no haber articulado el discurso del *magister dixi*, sino algunos trazos de convencimiento de que ni el cerebro ni el corazón están, futbolísticamente hablando, para el repechaje.

Y del humor, “depende” nos ha hecho falta, no puede empalidecer, a la doble articulación sonrisa, risa,



valor y reacción que se da en todos los pueblos del mundo, precisamente para reconocernos subjetividad, en lo que las subjetividades nos identifican... “Un hombre estaba poniendo flores en la tumba de un pariente, cuando ve a un chino poniendo un plato de arroz en la tumba vecina... El hombre se dirige al chino, y le pregunta: - ‘Disculpe, señor, pero ¿cree usted que de verdad el difunto comerá el arroz? - ‘Sí’, respondió el chino... ‘Cuando el suyo venga a oler sus flores’...”

A las risas, la moraleja: respete, somos humanos diferentes: sentimos, pensamos, actuamos y nos reímos diferente, el chiste es el antídoto a los carcamales de la objetividad, a los ageracias. Y al eco de las sonrisas, sonreír y enfatizar que en la educación todo se está haciendo, se está haciendo bien, curiosamente, en ausencia del humor.

En el miedo hay sospecha, hay confusión y ausencia, ausencia de realidad, exagerada pobreza o abundante asombro en la reflexión, y sobresaturación de la religión egocéntrica de las y los que hacen discursos de dialéctica para no cambiar. Esto, o lo superamos, o mejor no lo nombramos para que mejor no exista.

Esta subjetividad, a veces, de tanto inteligenciar el mundo, se presenta retardada en tiempos, y valoraciones adjetivales, sustenta a los afectos y le asiste razón a la razón, y nos deja un quehacer, preguntarnos por la filosofía, resentir y volver a sentir.

Una aproximación a otras formas de alteridad en el lenguaje, no de la psicología o de los discursos del marketing de ponerse en los zapatos del otro, porque entonces me pregunto, ¿quién quiere vivir en los zapatos que anduvieron mis miedos?

Se procuró dialogar y conducir el artículo en el saber alterativo filosófico y de forma deliberada en las categorías de interacción, influencia, regulación y pertinencia





desde la mirada de la cotidianidad que nos hace a cada uno de nosotros y nosotras, sujetos de hermenéutica.

No es honrado si negamos que la educación nos hace sentir y experimentar miedos por autorrealizarnos, por cuestionarnos cuando nos rebelamos ante las injusticias y buscamos hacer oír nuestra voz en los escenarios de represión, miedos por no decir de nuestras ideas delirantes que se chocan con la realidad estructurada, miedos por el futuro laboral y otras formas de miedos, fantasmas, limitaciones, intersubjetividades, culpas y subjetividades que nos hacen vivir exiliados de nosotros.

Actitud en las incertezas es lo que finalmente nos interpela y previene sobre el síndrome de *burn-out*, o del profesional quemado y para que la oniropausia, que es peor que la menopausia y la andropausia, no sea el fin de nuestros sueños.